

»sus ahorros, aquellos bancos han podido abrir créditos á los hombres de inteligencia y experimentados. Los bancos populares de Alemania han obtenido el resultado maravilloso de facilitar á los que trabajan el medio de que puedan elevarse más y más por sus esfuerzos; dándoles más de lo que pueden prometerles los hombres celosamente dedicados á las clases obreras, y hasta los gobiernos que por su suerte se interesen.

»En los bancos populares se procura mucho no tener que recurrir á los billetes pagaderos á la vista y al portador; hay en ellos un capital ilimitado, que se forma cada día gota á gota, y que constituye una masa enorme: es el capital de la previsión, del sacrificio diario, que enlaza el presente con el porvenir y asegura lo tendrán mejor los que hacen lo necesario para obtenerlo. Gracias á los bancos populares, quien trabaja reúne recursos y los vierte en las arcas de estos bancos, que los hacen más fructíferos, más fecundos que la bella institución de las Cajas de ahorro. Esta ha prestado servicios de valía, pero debe desarrollarse de un modo más expansivo y provechoso. El que con sus imposiciones alimenta la caja de los bancos populares, adquiere un derecho al crédito concedido por las mismas.—La base del capital es en ellos inagotable, porque está en los mismos obreros. El hombre forma el capital como forma la tierra. La voluntad humana ilustrada y reforzada, extiende su acción fuera de sí misma. Imponiéndose un sacrificio diario para la constitución de un capital que sin cesar aumenta y se renueva, las clases obreras del otro lado del Rhin han sabido conquistar el crédito.»

Examinada ya la naturaleza del billete de banco (1) y visto el importantísimo papel que en la circulación de la riqueza desempeña, remontémonos ahora á su origen histórico, así como lo hicimos con la letra de cambio.

Es opinión generalmente admitida la de Klaproth (2), al atribuir á los chinos la invención del *billete de banco*. En los comienzos del reinado de Hian-Tsung, de la dinastía de Thang, en el año 807 de nuestra era, con motivo de una gran carestía, mandó el emperador á todos los mercaderes, negociantes y personas ricas que entregasen todo su dinero al Tesoro; en cambio del cual se les dieron unos *billetes* llamados *feythshian* ó *moneda volante*. Tres años más tarde suprimiose esta moneda en la capital, autorizándose empero su circulación en provincias. En 960, Thai-Tsa, fundador de la dinastía de Soung, declaró otra vez vigente aquella práctica, pero sin darle el carácter obligatorio que tuvo en el siglo anterior. Facultose á los negociantes para que pudiesen depositar sus especies metálicas en el Tesoro, el cual, en cambio, les entregaba billetes llamados *pianthshian*, ó *moneda corriente*. Viéronse después ser tales las ventajas de esta moneda, que cundió rápidamente la costumbre de usarla. En 1021 el papel moneda representaba un valor de cerca de tres millones de onzas de plata. En este mismo año una Compañía compuesta de diez y seis ricos capitalistas obtuvo permiso

(1) Huskesson, en 1810, al hablar del billete de banco y compararlo con la moneda, después de poner de relieve la falta de valor intrínseco de aquel, lo define diciendo que es *el crédito puesto en circulación*.

(2) *Journal asiatique* de 1822.—T. 1^{er}, p. 226.

para emitir *billetes de banco* pagaderos al cabo de tres años, cumplido cuyo término la Compañía quebró. Diose en seguida un decreto aboliendo la circulación fiduciaria de dicho papel, y prohibiendo al mismo tiempo la formación de bancos por acciones. Desde entonces quedó vinculada en el Gobierno la facultad de emitir *billetes*. Estos, llamados *kiao-tsa*, valían una onza de plata, y la cantidad de los puestos en circulación elevose en 1032 á cerca de 1.257,000 onzas de plata. Más tarde fundáronse en provincias bancos á quienes se les concedió el derecho de emitir billetes de dicha clase, y del mismo modo que se practicó en época mucho más posterior con los bancos departamentales franceses, prohibiose á dichos bancos el relacionarse entre sí y dar y tomar otros billetes que no fueran los suyos respectivos. Tal es, según Klaproth, el origen de los primeros *billetes de banco*, es decir, de los emitidos en cambio de plata amonedada y convertibles en numerario, cuyo papel tenía la garantía del depósito hecho anticipadamente en esta especie. Fuera de estos *billetes de banco*, los chinos han empleado también en muy vasta escala el papel moneda.

Considerada la moneda como una mercancía cualquiera, siguiendo los sanos principios económicos, busca su nivel como las aguas, acude donde tiene más precio y baja éste si por acaso se detiene sin necesidad en un punto, ó lo que es lo mismo, suben nominalmente las demás mercaderías, lo cual denota que busca empleo y circulación mayor una parte del numerario. Suponiendo que en una época y país determinados sea de cien millones la cantidad en moneda metálica que requiere la circulación y salen á ella billetes por valor de otros ciento, creados por uno ó varios bancos, y se toman de aquellos ciento, cincuenta para la reserva, quedarán para la circulación otros cincuenta y todos los ciento en billetes. Suponiendo también que la circulación no necesite ciento cincuenta millones, habrá inmediatamente una baja en el precio del numerario y deberá salir del país el que sobre, para volver á recobrar su estimación en otro en que haga más falta. Y como no podrán salir los billetes, porque estos sólo circulan con crédito cerca del lugar donde se emitieron, saldrán el oro y la plata, quedando para la circulación el papel. Si salen será á cambio de otros valores que no tenía la nación, y que adquirirá en el extranjero, lo cual es un aumento de riqueza, y sería mucho mayor si debido á la abundancia de numerario se aumentara la producción y con ella la circulación, de suerte que llegaran á ser necesarios para ella los ciento cincuenta millones dichos. A este propósito y corroborando lo expuesto, dice Storch: «Si los billetes de confianza no pueden prestarse á largo plazo por los bancos que los emiten, el numerario metálico que estos billetes hacen superfluo en la circulación interior, es un fondo susceptible de todos los usos, aun de los que le absorben por largo tiempo. Todo empresario está obligado á guardar constantemente en caja una cantidad de dinero, destinado para los pagos corrientes y para los gastos imprevistos: si sólo hay en los países especies metálicas, es un fondo muerto que, mientras que está en el arca nada produce, ni para el negociante, ni para su país. Las operaciones de un banco bien organizado ponen en disposición al empresario de reemplazar este fondo muerto con billetes. Con este cambio, el comerciante, el banco y el país ganan igualmente: el comerciante, porque puede extender sus negociaciones con auxilio del capital que ha tomado prestado del banco; éste, sacando interés de un ca-

»pital que nada le cuesta; y el país, porque el fondo muerto, que consiste en numerario metálico, se encuentra libre de servir de prenda y puede emplearse de una manera productiva.»

Pero además de esta extraordinaria ventaja que proporcionan los bancos para el aumento de la riqueza pública, resulta otra, que conviene examinar con pulso, de la emisión de los billetes en los primeros momentos de ella. La explica perfectamente Juan Bautista Say con las siguientes palabras: «Hay, por otra parte, en la abundancia de las monedas y quizá en la degradación ligera, pero lenta de su valor, una ventaja más vaga y muy difícil de definir, pero que sin embargo se nota siempre. Las primeras emisiones del banco de Law fueron acompañadas de una gran actividad en la industria francesa. El mismo efecto se observó en las primeras emisiones de asignados en 1791. Los años en que se multiplicaron los billetes del banco de Inglaterra, fueron también muy favorables para el desenvolvimiento de toda especie de industria, y cuando en 1816, 17 y 18 se redujo la suma de monedas y recobraron su valor, la industria inglesa tuvo mucho que sufrir. Es muy difícil explicar este efecto, pero parece constante. En despecho de los principios, que nos enseñan que la moneda sólo hace el papel de simple intermediario, y que los productos no se compran en último resultado sinó con otros productos, la abundancia de moneda favorece todas las ventas y la reproducción de nuevos valores. Quizás aumentándose la cantidad de moneda más pronto que declina su valor, se pueden pagar siempre á los productores los servicios productivos, que han consumido para crear sus productos, un poco más caro que lo que ellos mismos pagaron. Quizás el sentimiento confuso que cada cual tiene de la depreciación gradual del valor de la moneda, es causa de que los consumidores estén siempre dispuestos á deshacerse de la suya con otros productos cuyo valor no está expuesto á declinar al mismo tiempo. Entonces los productores se reintegran más pronto de sus adelantos, y encuentran salida las mercaderías más difíciles de venderse. A la verdad, este efecto no podrá ser durable; porque ó debe parar esta declinación de valor, ó acabar por una depreciación total; siempre es verdad que la época de la depreciación es época algún tanto de bonanza, y que este estado puede durar bastante tiempo si la depreciación es muy lenta. Uno de los mejores ingenios y de los más sabios economistas de Inglaterra, Mr. Thomas Tooke, había ya observado este efecto. Hé aquí, en compendio, la explicación que da.—Cuando se aumenta con billetes de confianza, ó con un papel cualquiera, la cantidad de monedas, es ordinariamente haciendo adelantos al Gobierno ó á los particulares, lo cual aumenta la suma de capitales en circulación, hace bajar su interés y que la producción sea menos costosa. Las mercaderías suben de precio por la abundancia misma de la moneda; pero este último efecto es posterior al otro. Comprando los productores sus materias primeras en el momento en que tienen mayor valor las monedas, hacen sus compras con ventaja y sus ventas con facilidad.»

Vemos, pues, las ventajas que proporcionan los bancos de giro ó de circulación; conozcamos ahora los gravísimos inconvenientes que tiene el abuso de institución tan admirable.

Primer inconveniente. La excesiva cantidad de billetes da lugar á una alteración

desastrosa en el precio de las cosas, según hemos manifestado ya, la cual obra en doble sentido, esto es, tanto en el período de descrédito como en el que se recobra la confianza. Esas alteraciones del precio de las demás cosas con respecto al numerario, tienen gran trascendencia en el bienestar material y hasta moral del país, y las excesivas emisiones de billetes que las motivan pueden causar la ruína del banco. Indudablemente estará expuesto á males graves un país en el que circule poco numerario en metálico y mucho en billetes, si de continuo se verifican variaciones en la emisión y circulación de estos. Para precaver tamaños inconvenientes y ser parco un banco en la emisión, precisa estudiar y estar muy al corriente de las exigencias del mercado y de la localidad en que radica; no olvidar el número de bancos y demás instituciones de crédito que existan en la misma, tener á la vista los datos estadísticos del movimiento de la plaza, calcular la proporción debida entre el capital y la emisión, fijarse mucho en la clase y condiciones de los documentos en los que comercia, tener en cuenta y graduar debidamente la confianza que inspira el banco sin preocuparse por un amor propio exagerado, y estar muy en guardia cuando se nota desusada actividad ó excesivo espíritu de especulación para empresas determinadas, ó bien cuando algún trastorno público amenace ó haga probable el retiro de caudales.

Segundo inconveniente. Hemos visto qué impresión mágica produce al principio la emisión de billetes, aumentándose, aunque sea por poco tiempo, la producción. Pues se abusa de este primer impulso, y fiados los productores en los favores de los bancos, que se apresuran á descontar letras dando billetes, se aventuran á empresas desproporcionadas respecto de sus capitales. El banco de Inglaterra sufrió una horrorosa crisis comercial por dicha causa. Llegó el día en que por necesidad tuvo que cesar el descuento de efectos de comercio. Los bancos provinciales se vieron obligados á hacer otro tanto, y no tuvieron los empresarios los adelantos con que contaban para aumentar sus empresas antiguas ó empezar otras nuevas. Para cumplir obligaciones que no podían llenar con los recursos de los bancos, se vieron precisados á sacrificar sus capitales, á vender sus mercaderías por una mitad, á despedir los obreros, y muchos á hacer bancarrota después de haber luchado desesperadamente hasta agotar todos los recursos.

El tercer inconveniente á que están expuestos los bancos, es el de los gastos que tienen que hacer cuando habiendo dado lugar á la desaparición de la moneda metálica por una emisión excesiva de billetes, se ven obligados á buscarla á precio subido y en cantidades crecidas, para pagar los billetes que se presentan al reintegro. Lo que perjudica más al metálico es la emisión de billetes de corto valor, que lo hacen salir precisamente cuando se necesita, y cuya desaparición ocasiona daños al comercio y trastorna el curso regular de las pequeñas transacciones. Los billetes pequeños no evitan, como los grandes, el inconveniente del transporte y circulación de la moneda; van á parar comunmente á la clase proletaria, que tiene que aplicarlos á sus necesidades cotidianas, y como posee pocos conocimientos mercantiles y carece de los económicos, á cualquier pánico dichos billetes son los que atropelladamente suelen presentarse al cambio, lo que tal vez no harían los comerciantes por considerar el pánico pasajero: en situaciones difíciles esto puede ocasionar una crisis y comprometer la situación del

banco, porque empezando por cundir el temor y la desconfianza en las clases pobres, puede pasar á los comerciantes.

El banco de Inglaterra nos suministra un ejemplo de lo que llevamos dicho. A causa de la gran emisión de billetes se vió obligado por muchos años á fabricar moneda de oro por cerca de 850,000 libras esterlinas en cada uno, comprando al precio de 4 libras el oro en barra, que emitía después en forma de moneda al de tres libras diez y siete chelines, diez peniques y medio la onza, lo cual era una pérdida de $2\frac{1}{2}$ á 3 por ciento en una cantidad tan grande, y sin contar los gastos de fabricación, que eran de cuenta del gobierno. Por la misma razón los bancos de Escocia tenían en ciertas épocas comisionados en Londres para reunir especies metálicas con un dos por ciento de pérdida; y cuando no podían lograrlo, giraban los bancos contra sus corresponsales de Londres, pagando unas letras con otras y perdiendo cada vez más en estas operaciones ruinosas. La moneda, dice Storch, que el banco de Inglaterra ó los bancos de Escocia pagaban en cambio de esta porción de sus billetes, que excedía á lo que hubiese podido absorber la circulación del país y que no se necesitaba para ella, salía para el extranjero algunas veces en forma de moneda, algunas fundidas en barras y otras veces esta misma fundida se volvía á vender al banco al precio enorme de 4 libras la onza. Se tenía cuidado de escoger las piezas más nuevas y pesadas, y estas eran las preferidas para la exportación y fundición. Veía con gran admiración el banco, que, á pesar de la inmensa fabricación de moneda que hacía anualmente, había cada año la misma escasez de piezas metálicas que el anterior, y que á pesar también de la cantidad de buena moneda, toda nueva, que cada año esparcía, el estado de la moneda se deterioraba más y más. Cada año se veía obligado á acuñar casi la misma cantidad de oro que había acuñado el año anterior, y con motivo de la subida continua del precio de la barra, iba en aumento siempre el gasto de esta enorme fabricación. Es preciso observar que el banco de Inglaterra, proveyendo á su propia caja de especies metálicas, está obligado indirectamente á proveer á todo el reino, en donde las derrama por mil caminos diferentes. Los bancos de Escocia pagaban muy caro su falta de prudencia, pero el de Inglaterra pagaba muy caro, no sólo la suya propia, sinó la de todos los bancos de Escocia.

El cuarto inconveniente que resulta de la creación de billetes, aún cuando esta sea proporcionada á las necesidades de la circulación interior y no traspase los límites que debe respetar un banco, es el de que si la totalidad ó casi totalidad del numerario metálico es reemplazada en un país por ellos, esta falta del oro y plata puede ocasionar gravísimos males, de los que no le librarán ciertamente la más exquisita prudencia y habilidad de los directores del banco. Si á causa de una guerra desgraciada, ó por una violencia cualquiera perdiese este su tesoro para responder del crédito de los billetes, perdería todo su valor el instrumento de los cambios, pues no habiendo quedado en la circulación moneda metálica anteriormente, y desapareciendo luego la parte que había depositada en el banco, se renovarían en un grado superior inconcebible, en razón de la mayor perfección á que han llegado las sociedades, los males que eran intolerables ya en el primer periodo de estas cuando conocieron los hombres que no podía haber cambios sin un instrumento de ellos. El conflicto sería terrible

para un gobierno que, habiendo cobrado los impuestos hasta entonces en billetes, se encontrase luego sin recursos en sus arcas para pagar y proveer á su ejército y para sostener todo su poder en la sociedad. Se hace desaparecer el numerario metálico con la multiplicación de billetes de corto valor, según expusimos antes. Cuando en Londres no circulaban billetes de menos cantidad que la de diez libras esterlinas, había siempre abundancia de metales; y cuando en Escocia llegó á haberlos de diez y cinco chelines, casi todos los negocios se hacían con papel y moneda de cobre. La supresión de estos, como observa Smith, hizo que volviesen á la circulación las especies metálicas, y hubiera vuelto mayor cantidad limitando más la facultad de la creación.

Examinemos ahora el quinto inconveniente, el mayor que tienen los bancos de giro ó de circulación, y que ha acabado con unos y puesto en conflicto á otros. Este es el de los adelantos y préstamos á los particulares y á los gobiernos, principalmente sin sólida garantía. Veamos primero los daños de préstamos indirectos á los particulares.

Cuando el banco da billetes por el descuento de una buena letra de cambio ó pagaré de seguro cobro, marcha con seguridad, pues al cabo empezando una vez con crédito, llegan dichos plazos y con el dinero de unas letras se asegura el descuento de las sucesivas. También suelen los bancos prestar servicios á los negociantes encargándose por ellos de cobrar y de pagar las cantidades que indique el curso de sus negocios. Pero aún puede hacer más el banco: puede adelantar á dichos negociantes, aunque no le entreguen efectos de comercio al descuento, sobre su cuenta corriente y recibir el reembolso á medida que estos vayan haciendo efectivas sus mercaderías ó realizando cualesquiera otros efectos ó valores que posean.

• Semejante facultad concedían los bancos de Escocia á sus corresponsales. Pero es necesario que el banco en negocios de esta especie se conduzca con mucha prudencia, y que ponga gran cuidado en examinar de tiempo en tiempo si la suma de los reembolsos es igual á la de los adelantos; porque si estos son superiores á aquellos, comprometerá su seguridad. Basta para conocer el peligro á que están expuestos por falta de prudencia en esta parte y la facilidad con que suelen entregarse á estos préstamos, recordar lo que sucedió con el famoso banco de Escocia llamado *Ary-bank*, en el siglo pasado. Merece transcribirse lo que relativamente á él dice Storch, siguiendo á Smith. «En la época de su fundación, habla Storch, el banco de Inglaterra y los bancos de Escocia acababan de libertarse de los embarazos de que he hablado más arriba, y que se los habían proporcionado por la muy grande facilidad en descontar letras de cambio, entre las que había muchas ficticias, llamadas papel de circulación. »Habiendo llegado los bancos á ser más circunspectos, las dificultades que se opusieron á los descuentos no dejaron de excitar los clamores de todos los que se dedicaban á algún proyecto, y que habiendo acometido empresas superiores á sus fuerzas, »se encontraron de repente en los mayores apuros. Este estado de abatimiento, que »los que se quejaban llamaban apuro nacional, debía atribuirse según ellos á la ignorancia y pusilanimidad de los bancos, que rehusaban dar socorros amplios á sus »magníficas empresas, á empresas hechas para aumentar la prosperidad y opulencia »nacional. En medio de tantos clamores erigese en Escocia un banco expresamente

»dedicado á remediar todos estos males. Tuvo más condescendencia que ningún otro banco de los anteriores para conceder cuentas corrientes y para descontar letras de cambio. Respecto de estas últimas apenas hacía diferencia entre las buenas y las llamadas de circulación. Establecía por principio proceder con franqueza y desembarazo, y adelantar sobre garantías razonables la totalidad del capital para empresas cuyos rendimientos ó entradas eran de las más lentas y lejanas, como son, por ejemplo, las que consisten en abono de terrenos y mejoras agrícolas. Esta gran facilidad en conceder adelantos dió lugar á una inmensa emisión de billetes. Siendo la mayor parte de ellos excedente á lo que la circulación del país podía absorber y tener empleada, refuyeron al banco tan pronto como habían sido emitidos. Sin embargo, las propiedades territoriales de los accionistas del banco valían muchos millones, y por el acta de asociación estas propiedades estaban hipotecadas á la ejecución de todos los empeños contraídos por el banco. El gran crédito que le dió una hipoteca tan extensa le puso en estado, á pesar de su ligera conducta, de conservarle aún por espacio de dos años. Cuando se vió obligado á suspender sus operaciones, tenía en circulación billetes por la suma de 200 mil libras esterlinas. Para sostener la circulación de estos billetes, que volvían á él tan pronto como los emitía, se había constantemente aprovechado de la práctica de girar letras sobre Londres, cuyo número y valor fueron siempre en aumento, y que ascendían al momento en que pasó, á más de 600 mil libras esterlinas. Así es que en un espacio de dos años, este banco adelantó á diferentes personas más de 800 mil libras á 5 por ciento. En las 200 mil que circulaban en billetes, este cinco por ciento podía considerarse como beneficio limpio, sin más deducción que los indispensables gastos de administración; pero en las 600 mil libras para las que había girado letras sin cesar sobre Londres, tenía que pagar en intereses y en derechos de comisión más de 8 por ciento, y, por consiguiente, sufría una pérdida de más de 3 por ciento en las tres cuartas partes al menos de los negocios que había hecho.»

Pero, según se ve por la historia de los bancos (historia muy provechosa y que debían de haber estudiado y conocer á fondo muchos que, sin competencia ninguna, no han reparado en admitir en esta plaza cargos de verdadero compromiso en Direcciones y Consejos de establecimientos de esta índole, y otros que con la mayor buena fe y sin conocer lo que hacían no vacilaron en prestar á estos el concurso de sus capitales), mayor mal ha resultado de la facilidad con que han prestado al gobierno. Este no se ha contentado con apurar los fondos que debían tener de reserva para hacer frente al pago de los billetes, sino que, viéndolo el crédito con que circulaban en un principio, han comprometido á los bancos á nuevas emisiones en su favor, que no afectando mucho por el pronto el precio del instrumento de los cambios, les ha hecho mirar esta institución como una mina inagotable. El gobierno emplea luego los billetes en el pago de sus obligaciones, y esto da lugar á que se agolpen al banco los poseedores de ellos á pedir el importe. No teniendo este ya fondo de reserva en metálico y si sólo reconocimientos ó inscripciones del gobierno, experimentando cada día mayor apuro en sus operaciones, implora la protección del gobierno para que le liberte de la vergüenza y consecuencias de una bancarrota, y en otras cosas se da un curso forzado á los bi-

lletes, que antes eran reembolsables al portador, degenerando el papel que se llamaba de confianza en moneda de papel, es decir, en un signo sin valor fijo.

Sobre este particular véase con qué colores más sombríos describe la situación de un banco que se halle en el caso que nos ocupa, un economista español contemporáneo: «Obsérvese que desde el momento en que el gobierno pide prestado á un banco, no puede menos de concederle algún privilegio ó monopolio; y véase qué consecuencias funestas puede traer la institución de un coloso sostenido por el poder del Estado, y cuán grande será el agiotaje, la dilapidación y demás vicios que se originarán de estas relaciones, que estrechan entre sí á los directores del banco y á los Ministros. Bien pueden los accionistas de cualquier establecimiento de esta especie asegurarse con tiempo del estado de sus negocios y de la probidad de sus vicegerentes, y reputar como la primera de las cualidades que deben adornar á sus directores, la firmeza estoica para resistir tanto los halagos como las amenazas del poder.»

Por último, otro de los inconvenientes á que da lugar la circulación de los billetes de banco, es el de la falsificación, que es mucho más terrible que en la moneda metálica. El cebo de la ganancia no puede ser mayor, porque en la falsificación de aquella al cabo hay que emplear á veces una parte de metal fino; pero con la del papel, siendo este, como es, cosa de ínfimo precio, se adquieren grandes valores por medio de los caracteres que en él se inscriben. Es más temible la falsificación, no sólo porque ofrece tanto riesgo el dedicarse á ella, como á la de la moneda metálica, sino también por ser más fatales los resultados. Observa muy bien Storch que la falsa moneda no puede perjudicar á la estimación de la buena, que la tiene por sí independientemente de este suceso; mientras que la opinión sola de que hay en circulación billetes imitados con tal arte y primor que no se distinguen fácilmente de los verdaderos, basta para hacer que unos y otros se rehúsen. Por esta razón se ha visto que algunos bancos han preferido pagar billetes sabiendo que eran falsos, más bien que exponerse á que sus billetes verdaderos participasen del descrédito de los primeros.

Hemos explicado ya los inconvenientes á que está expuesta la institución preciosa de los bancos de giro; inconvenientes á los que pueden poner el necesario correctivo para disminuirlos ó evitarlos completamente, la prudencia y circunspección de sus directores. La historia nos hace ver los resultados prósperos y seguros para la riqueza pública obtenidos, cuando tan apreciables cualidades han brillado en las personas encargadas de las negociaciones mercantiles. Lo que principalmente interesa es que no se afecte la circulación con una fluctuación ó inmoderada creación de billetes, pues, como se ha visto, la alteración en el precio de las cosas es consecuencia del aumento ó disminución repentina de este nuevo numerario que se agrega al metálico. No sucederá lo mismo con la emisión de billetes graduada según las necesidades de la circulación, y según permita la prudente actividad que se la quiera imprimir, y no el capricho, ni la avidez de ganancias desmesuradas, forzando la circulación, dando pábulo al agio y preparando la ruina de muchos para dar utilidad á unos pocos. Estando además interesado todo lo más sagrado que hay en un país, en que no falte el intermedio principal de los cambios, el oro y plata, debe la legislación regular la creación de billetes. Fijando un poco alto su valor, necesariamente ha de guardar mucha cantidad de meta-